

FINAFROL

Emilia Pardo Bazán

TODAVÍA el gallo no había clarineado sus bélicas notas al aire húmedo de la mañana de otoño; y aun no se desperezaban los pordioseros, amodorrados en el bienestar de la soñarrera, como si en vez de reposar sobre crujiente *poma* de maíz, les hubiesen dado lecho blandos plumones.

Hacia la derecha, el corral estaba limitado por un *alpendre* o cobertizo, que respaldaba la tapia y cuyo frente formaban tablones mal juntos, escasa defensa contra el frío madrugero. A la izquierda se veía la casa de los caritativos dueños del Asilo, amplia y destartalada. Revestían los balaustres de la carcomida solana ristras de cebollas y espigas de maíz: el primer destello solar encendió en ellas dulces resplandores de rosa y oro. Entre la casa y el cobertizo estaba la capillita, semiarruinada; y el otro lado del rectángulo lo formaban tapia y portalón —el portalón que ha olvidado la manera de cerrarse— pues los goznes de la puerta ya no giran, por desuso.

¿Qué miedo han de tener a ladrones los dueños? Punto menos pobres son ña Gregoria y Pepe de Reigal, que los mendigos a quienes acogen diariamente. Tienen su pasar, cogen su fruto, venden en Marineda su cosecha de cebolla, pero dinero... si Dios se lo enviase, lo gastarían en caridad; y además, ¿no duermen todas las noches, en el cobertizo, diez o doce personas? Bien guardada está la casa, y no haya cuidado de que esa *gavilla*, de la cual se habla todos los inviernos con terror, sin que nadie haya llegado a verla, se determine a venir y llevarse las mazorcas de maíz de la solana y el cerdo salado de la hucha.

Antes que ningún durmiente se rebullese, incorporose cautelosa una mozallona, de cuyo cuerpo, al movimiento, salió una

tufarada bravía. Con pasos tácitos, se acercó a la yacija de un viejo que dormía boca abajo, y tiró suavemente de un zurrón que el durmiente sujetaba con el codo. Metió la negruzca garra en el saco burdo, y extrajo un frasco de metal; lo destapó, abocó el gollote, y con beatitud inefable empezó a trasegar el contenido. Se detuvo después de echar buen trago; volvió el frasco al zurrón, y lo repuso todo en su lugar. No se despertó el viejo, el tío Amaro de Espadanela; pero un espatarrado, de sotabarba y de velludo pecho descubierto, echó una voz bronca, tupida de sueño y resquebrajada de aguardiente:

—¡Ei! ¡Me parto en...! ¿Quién rema por ay?

Entonces de un rincón, se alzó una forma esbelta, y un acento claro y cristalino pronunció:

—¡Tío Amaro! ¡Arriba! Vaya, que cogió el sueño bien a gusto... ¡Tío! Ya es día, señor.

Bostezando hasta desquijarse, medio se incorporó el ciego. El *follato* hizo su música peculiar, crujiente y lamentosa. Las pupilas de vidrio cuajado afrontaban inmóviles la claridad. Entre desperezos, ordenó:

—A ver luego... Dame de la alforja el chisco.

La niña —que empezaba a gallardear de juventud, y era formada y gentil como una varilla de biznaga en flor— sacó el frasco y se lo tendió al ciego. Apenas éste lo llegó a los labios, botó furioso:

—¿Quién es el hijo de can que me ha esgurrichado la caña? ¿Has sido tú, Sidora?

—Así medre, señor, como no he sido —contestó la mocita—. Asco me da. Y le tengo rabia, porque su mercé, cuando bebe, tórname de peor entraña todavía.

—Allégate —dispuso el viejo— que te oleré.

La niña se aproximó, intranquila. El ciego, al sentirla cerca, lanzó su garrota; pero la muchacha se desvió, y el palo rebotó contra la pared. Y al mismo tiempo, la mozallona chata y de rostro bestial, adelantándose, gritó indignada:

—No maje en la rapaza, no maje en la rapaza, no sea mal cristiano... ¡Yo fui, que no ella, yalma mía!

—¡Tú habías de ser, raposa! ¡Ya te llaman Marica de las Uñas! ¡Aguarda, pega ladrona!

Y se precipitó, al acaso, con los puños dispuestos. Nordés, el ex-marinero, y un tagarote con bocio, conocido por Langrán, le sujetaron. Para decir verdad, sólo le sujetó Langrán con su fuerza hercúlea; pues el mísero de Nordés, con su atrofia muscular progresiva, que le había convertido de pescador en pordiosero, ¿qué había de mandar en nadie?

También se había interpuesto la niña.

—Tío—suplicaba— deje a Marica, que quien cuenta verdá no merece pena. Tío, a la malpocada le hace falta la calor en la barriga. Aún hay bebida en el frasco. Beba y calle.

Convencido o dominado, el tío Amaro apuró lo restante. Al estruendo de la pelotera, todos los mendigos se despabilaban. Unos se metían los puños en los párpados, como chiquillos hambrientos aún de regalo y pereza; otros, listos como moscas, se sacudían el *follato* y salían al patio de un brinco. Eran sus cataduras, ya cómicas, ya de un horror pintoresco. Uno cojeaba, arrastrando una pierna, retorcida por cura inhábil de saludador o medicastro; otro, llamado Mediocorpo, reptaba con las manos, privado hasta de muslos y pareciendo arrastrar el vientre. Marica de las Uñas había sacado de la alforja un refajo colorado nuevo, su gala y su orgullo, y se lo vestía delante de todos. Una centenaria, la tía Bica, temblaba de frío y reía a la vez: reía siempre —de los mozos que mueren mientras ella dura— opinaba el Cojo, que era el más despabilado de los mendigos, y hasta tenía sus ribetes de negociante, tratante y charlatán, que «saca» en las romerías buenaventura por medio de un pájaro con una cedula en el pico. Cada pordiosero preparaba sus instrumentos de mendicidad. Langrán limpiaba —por decirlo así— el carretillo en que zarandeaba por los caminos a su asociado Mediocorpo; la centenaria, siempre risueña, con su boca sumida de bruja, requería el báculo y se tocaba el pañizuelo; el Cojo se estibaba en su muleta bruñida por el uso. La puerta de la casa se abrió, y aparecieron los amos.

* * *

Eran una pareja aldeana. Poco a poco, de vincuistas desahogados, los Reigal se habían convertido en labriegos. La capilla no se abría al culto desde el tiempo del abuelo de Pepe de Rei-

gal. Sólo el Asilo, el típico refugio de los mendigos, perduraba, atestiguando épocas más prósperas en la familia. Acaso Jesús de Nazaret no se quejase de que, no pudiendo restaurar la capilla, Pepe de Reigal conservase el Asilo.

El marido, flaco y enjuto, como desecado, traía en las manos una olla grande; la mujer, ña Gregoria, canosa y robusta, dos cuencos de barro.

—¿Aun casi que no amanece, y ya vos peleáis, rabiosos? —preguntó ña Gregoria, con el asombro inquieto de los pacíficos ante las disputas—. ¿No vos gusta la tranquilidad? Ale, aquí vos traigo una gota de leche... Tú, Pepiño, posa ahí —añadió señalando a un poyo—. Yo reparto: venir...

—Tú la primera, Finafrol —añadió dirigiéndose a la niña—. ¿Quién te hacía mal, que gritabas?

—Nadie me hacía mal, ña Gregoria.

—Sí, por ti, aunque te pelasen viva... Tú eres como las palomas, que no tienen hiel... En ti no pecó Adán.

Tendió a la muchacha el cuenco, más que mediado. Era su predilecta, y para ella doblaba la ración. —¡Avívate, Pepe! —exclamó alargando otra vez el cuenco—. ¡Los hombres no valéis para nada! ¡Renegados sean los hombres!

—¡Mucho trabajo has pasado tú con los hombres! —protestó Pepe—. ¡Mucho te llevo dado que sentir!

—Es que tú... no eres hombre —declaró Gregoria.

—Se estima... Y luego, ¿qué soy?

—Se quiere decir... que no eres hombre para el caso de ser animal.

Los pordioseros celebraron la escaramuza con risotadas. Eran tan alegres como prontos a enzarzarse en peleas. Fácilmente se les divertía, porque sus almas, no turbadas por lecturas ni quemadas por codicias, tenían algo de la frescura de las almas villanas medioevales. Se perdían por una chanza. Hasta el tío Amaro, tan cascarrabias, era a ratos bufón y archivaba nutrido repertorio de chascarrillos. Limpiándose la boca con el revés de la mano, el marinero exclamó:

—¡Hala! ¡A la mar, que se ha levantado viento!

—Señor Nordés, ¿habrá buen lance de sardina? —preguntó perdida de risa María de las Uñas.

Estalló un coro de carcajadas. La sardina, en este caso, era la limosna. Calculaban alegremente las probabilidades del día.

—Lance, mañana en Areal —declaró el Cojo.

—Mañana, San Miguel de las uvas, son los días de don Migueliño el de la fábrica. Reparten a la puerta...

—A las veces dan a real —confirmó Marica.

—Más que den a peso —exclamó Nordés— no he de ir yo a recogerlo. ¡Ah, eso ya lo saben!

—¡Qué más quisieras tú, para la taberna! —amonestó ña Gregoria.

—Mujer —advirtió Pepe—, no les pedriques, que entonces mejor fuera cerrarles el portón.

—Es que me consume ver que gastan en perrita el bien de caridá que les cae.

—Tú mucho hablas. No andas como ellos a la friage y con la tripa vacía.

Gregoria hizo un gesto de negación. Era vieja entre los cónyuges la disputa; la mujer estaba por los mendigos sobrios y ordenados, el marido por todos indistintamente, y aun quizás prefería a los más perdidos. Pepe conservaba el sentido caritativo sin condiciones y sin propósito moralizador de los Reigal, que aceptaban la miseria y el vicio como fatalidades de los que tienden la mano. A tanto llegaba la indulgencia de Pepe, que hasta se alegraba de lo que era desesperación de ña Gregoria: de no haber tenido hijos, porque así podían disponer de unas berzas y unos haces de paja para cena y lecho de los mendigos, y a veces, de la miaja de leche y la borona migada del desayuno. No siempre abundaba la hierba, no siempre tenía la vaca inflados los tetos... Pepe sostenía, en su estilo peculiar, que todos los pobres eran igualmente dignos de aquel socorro. Les profesaba una especie de amor, y, para decirlo de una vez, le divertían: cada noche y cada mañana, aquellos pillastres rompían la monotonía de su existencia labriega, con las riñas, los cuentos, los embustes, la provisión de noticias, tan desmigajadas como los «tacos» de pan que danzaban en sus zurrone. Uno contaba de ferias, otro de la vida de los señores en los Pazos, éste de los comerciantes de Areal, aquél del señor abad de Mosteiro; y siempre con el buen humor de la miseria, el feliz descuido del

no tener... Pepe alababa en sus protegidos ciertas singulares virtudes, por ejemplo, el cuidado que ponían en no recurrir al Asilo sino de tiempo en tiempo, para no abusar de la «posada de la caridad».

Sólo la tía Bica, la centenaria, venía casi diariamente, ila enfelis! A cada noche repetía:

—Hi... higuitos míos... yo no sé si tengo sien años o más de siento... Yo acuerdo al francés... Poco vos he de cansar...

Aquella mañana fue tema de la chismografía la casa de don Miguel Amorós, el fabricante, que iba a estar de días y a dar limosna. Alguien afirmó que la limosna sería doble, por razón de ser ahora dos los señoritos: el señorito Miguel y su hermano don Mariano, que acababa de llegar de allá de tierras de América.

—¿No dijeron que muriera? —preguntó ña Gregoria.

—Mala hierba nunca muere —gruñó Nordés—, y esa casta de la fábrica dura más que las silvas en los vallados...

—No seas rencoroso, Nordés —indicó Pepe—. No fue tanto el daño que te hicieron. Al fin tú no podías salir a la pesca.

—Y tan malo no era don Mariano —disculpó el Cojo—. Llano y simpático, y cigarro suyo nunca faltaba, ni las dos pesetas a las veces...

—¿Conque no era malo —protestó ña Gregoria— y mató a penas a su madre? ¿No era malo, y con los vicios y las mujeronas, por poco arruina la fábrica? ¿No era malo, y si no lo despachan para América, no deja aquí cosa a vida? ¿No dijisteis que entremientras ha vivido el señor Amorós, el padre, se guardaría el hijo menor de poner los pies, no digo en la fábrica, ni en la playa de Areal? ¿No me lo tenedes contado vosotros mismos, millenta veces?

—Porque un hombre eche un chisco y coja una baraja y le guste una buena mosa, no es ningún visioso —declaró el Cojo riendo—. Con el tiempo un hombre se hace formal.

—Sí, sí —dudó Gregoria—. Fíate, fíate... No me fiaría yo si fuese el hermano, ni se fió el padre, aquel señor Amorós el catalán, tan agenciador, que para trabajar se levantaba con estrellas.

—Ya supo hacer testamento —advirtió el Cojo—, ya supo. Todo le quedó a don Migueliño.

—Eso tampoco es ley de Dios —protestó Pepe—. Hijos son todos, malos y buenos.

—¡Es que iba la fábrica a pique! —exclamó el buhonero—. Se la papaba en un año.

—Tuvo más razón que un santo el padre —aprobó ña Gregoria—. No va a derrearse de trabajo un hombre de bien para que un pillo fume y beba. Este mi marido parece parvo de entendimiento.

—Tan tuno es el de América como el de Areal —sentenció ásperamente Nordés.

—¿Hay un poco de tabaco? —preguntó la tía Bica al ex-marinero, muy bajito.

—¡Tabaco! ¡Quién lo viera! —rezongó él.

La centenaria, suplicante, se llegó a Pepe.

—Por el alma de quien tienes en el otro mundo, me des una presa de tabaco, hiiigo.

—¿No es vergüenza fumar a sus años? —intervino la severa Gregoria, mientras su esposo sacaba de la faltriquera una cajetilla mediada y la deslizaba en la mano, rasposa y fría como piel de reptil, del vestiglo.

—Mujer, no es vicio, que es un costumbre... —gimió la vieja, ocultando la cajetilla, que Nordés devoraba con ávidos ojos—. Un costumbre de cuando ganaba mi vida con la sardina... Todo el santo día en el muelle, y al amanecer, por las carreteras, con la panela en la cabeza, y tanto frío... El Santísimo Sacramento te lo dé en la gloria —añadió dirigiéndose a Pepe.

Algunos se disponían a partir. Mediocorpo, instalado en su carricoche, decía a Langrán, el corpulento mozallón que le rodaba por carreteras, senderos y atajos:

—Si hoy cae tajada en el Pazo de Sanselme, no me la papes... Eres un lobo; todo me lo comes.

—Es un tragón —confirmó Gregoria.

—Toma, tiburón —dijo festivamente Pepe, sacando de otra faltriquera un pequeño mendrugo.

Cuanto podía, escondíalo Pepe en las reconditeces del chaquetón, y Gregoria encontraba su hucha, su alacena, sus cajones, barridos, vacíos, como si por allí hubiese pasado una banda de ratas famélicas.

—Señora Gregoria —suplicó tímidamente Finafrol—, un favor le quería pedir.

—¡A ver, rosiña de mayo!

—Mientras el tío Amaro está entretenido en arreglar la alforja, déjeme carretar un barreño de agua de la fuente y lavarme un poco, que me lo pide el cuerpo.

—Ven conmigo —se apresuró a decir la dueña.

Entraron en la casa. Subieron la escalera temblona, de roídos balaustres de palo, y Gregoria introdujo a la muchacha en su propia habitación, la única que en la vetusta morada de los Reigal tenía el piso un tanto sólido, remendado de fresco; en las restantes, se caía a pedazos la tabla de pino, deshecha en polvo por la polilla. En el piso bajo, el suelo no había podido destruirse: era de tierra. Gregoria, solícita, ofreció a la niña mil refinamientos: una palangana puesta sobre una silla; un jarro de hojalata lleno de agua; una concha de jabón verde lechuga; un peine de púas rotas, una toalla «de lamanisco» muy limpia, y un cacho de espejo, resto de una luna mediana. Finafrol, aprisa, balbuceando gratitudes, desabrochó las sayas y desatacó su ajustador aldeano, que por ballenas tenía cañas y hacía talle rígido y honesto. Se descubrieron sus formas gráciles, enjutas aún, pero donde ya la pubertad había diseñado dulces redondeces. La blancura anacarada del seno virginal y de los brazos firmes, contrastaba con el atezado trigueño de cara, cuello y manos. El rostro era delicioso de inocencia y de dibujo admirable; los ojos lo alumbraban con luz celeste, parecida al reflejo de las aguas de la ría, y los dientes de esmalte de perla brillaban como joyas en estuche de seda sonrosada. Soltó el cabello para peinarlo, y se vio su abundancia y su finura de madeja lasa, al esparcirse sobre los hombros. Con las abluciones, la muchacha adquirió una frescura de arbusto joven después de la lluvia. Desaparecía la capa de pegajoso polvo de la mendicidad, y salía a la luz la belleza delicada, la tersura del capullo con toques de musgo naciente.

—¿No te mudas la camisa? —preguntó Gregoria.

Finafrol se volvió muy colorada... ¡No tenía más que la puesta!

—Toma —exclamó Gregoria abriendo un cajón de la cómoda desvencijada, sin barniz, y sacando una camisa de lienzo gallego, en hoja—. Yo te lavaré la otra, palomiña.

La niña tembló de gozo. ¡Mudarse! ¡Tela nueva sobre sus carnes, una camisa sin desgarrones, sin remiendos! Soplando de bienestar, se vistió la prenda, donde cabía dos veces. ¿Pero acaso los pobres llevan nunca ropa a su medida?

—Tu alma como tu cuerpo —murmuró la dueña—. Y mientras Finafrol se entrenzaba el abundoso pelo, insinuó, como quien suplica:

—Una cosa te había de decir, Finafrol... No te parezca mal... Y es que no andas ya bien por los caminos, mujer... Te has puesto moza garrida, cumplida, y los hombres son peores que los lobos... ¿Por qué no te quedas conmigo, a servirme? No será servirme, que será como si estuvieras con tu madre...

—¡Con mi madre! —repitió Finafrol, y sus ojos se bajaron, nublados un momento—. Mi madre... dejome en el muelle de Marinada, y se embarcó para Boenos Ayres.

—¡Mala perra! —sentenció Gregoria—. Si te quedas aquí, yo, que no te he parido, te he de querer como si te hubiese llevado en el vientre, ¿me entiendes, froliña? Y no es voluntá de Dios nuestro Señor, que pases las noches con los hombrones brutos, en los pajares.

—¡Bah! —exclamó indiferente la niña—. No son hombres para mí, señora Gregoria. Primero me mataban que darles crédito, como les da la enfelís de Marica. Me repunan como el aguardentazo. Sólo de pensarlo, vomitaría. No tenga miedo, que antes me dejo acochillar. Y, ¡bueno es el tío Amaro para lo consentir! Me guarda como un can. Mal puedo dejarlo yo solo, ahora que es viejo, que no se vale. Él me recogió en el muelle; desde los siete años ando con él.

—Maltrátate —arguyó Gregoria—. Y al fin es hombre, y tu padre no es.

—Otro no conocí —suspiró Finafrol, sujetándose con agua y jabón los mechones de la frente—. El cuitado tiene el genio así... porque le pasaron muchas desdichas. La mujer, así que lo vido ciego, se escapó con un barbero a Cádiz. La hija se arregló con un sargento, y le negó un bocado de pan a su padre. La otra mujer... bueno, mujer suya no era... era una bigardona... le hizo perrerías... Y le tengo lástima. ¿He de decirle «ahí te dejo, como a un can»?

—Sidora —pronunció Gregoria—, tú no eres como los más pobres. Eres decente. Yo de algunos estoy harta, por desagradecidos. Yo no soy como Pepe, que no diferencia a las personas.

—Tiene razón el señor Pepe. ¡La caridad mayor es aguantar al malo! Con nos sufrir ganan el cielo, porque es peor nos sufrir que darnos caldo y cama.

—¡Santiña! —exclamó Gregoria; y, sin poderse contener, la abrazó—. Mira —chilló—, aquí te tengo un regalo—. Y desenvolviendo un rebujo de papel, sacó unos zapatos de cuero amarillo, y unas medias acostilladas, de algodón basto—. No quiero —decidió— que me andes más en pernetas.

La chiquilla, ante los zapatos, se conmovió.

—¡Santo Cristo de Alborada! ¡Para mí! —tartamudeaba— ¡Ya estaba hecha a no calzar, pero me costó más lágrimas!, porque ha de saber, ña Gregoria, que no me crié en tanta necesidad como ando... Yo oí de pequeña que era hija de un señor... Lo decían en mi escuela las demás chiquillas... Y a madre le daban dinero por mí; pero luego ya no vino el dinero y en casa había mucha falta de todo... Mi madre no sabía cómo arreglar... Determinó de marcharse a América...

—¡Y a ti dejote allí en el muelle por perdida! —exclamó ña Gregoria, recordando el triste episodio—. ¡Dios la perdone! Eso fue un pecado muy grande.

—¡Dios la perdone! —aprobó Finafrol— ¡Lo que más caro me costó fue hacerme a andar descalza de pie y pierna! —Y, al decirlo, ufanamente, empezó a embutir el pie en la media.

—Que lo rompas con salud... y mejor si es en mi casa...

* * *

Cuando la niña, calzada ya, bajó al patio, el tío Amaro principiaba a dar señales de impaciencia. Los demás mendigos habían emprendido su caminata al través de los caminos húmedos de rocío matinal, que aún no secaba un perezoso sol de otoño.

El viejo y su guía salieron. La hierba amortiguaba el ruido de los pasos; pero apenas desembocaron del sendero a la carretera, endurecida por las precoces heladas, el ciego, con la finura

de sentidos que caracteriza a sus congéneres, notó algo extraño en el sonido del andar de Finafrol.

—¿Tú llevas calzado, Sidora? —preguntó severamente...

—Sí, señor... Me regaló la señora Gregoria, bendita ella sea, unos zapatos.

La frente del viejo se nubló y su boca se frunció de enojo.

—¡Estamos bien! —gruñó furibundo—. Zapatos. ¡Fuera con ellos ahora mismo, lisca! En te viendo tan maja, nadie dará al siego la cortesa de tocino. Dirán que somos ricos. ¡A descalzarte! ¡Zapatos nuevos!

Los ojos de la muchacha se arrasaron de lágrimas, y por primera vez, un instinto de rebeldía surgió en su espíritu. Hecha a aguantar estoicamente otras injusticias, hasta puñadas, palos y repelones, no podía sufrir ésta, que la hería en sus aspiraciones femeniles, en sus recuerdos constantes de haber sido «hija de un señor» y haber andado vestida y calzada hasta con coquetería en sus primeros años. ¡Qué mal hacían a nadie sus pobres zapatitos! ¡Por qué no había de cubrir su desnudez, ahora que tenía edad para avergonzarse de ella! ¡Sus zapatos queridos, tan bonitos, tan fuertes, de color amarillo tan alegre, con la suela oliendo a material nuevecito! ¡Volver a andar por ahí enseñando la pierna, el pie ennegrecido del polvo! No, eso no; no obedecería al cruel capricho del tío Amaro.

—¿Tú te descalsas, o te descalso yo con la vara? —gritó el de Espadanela, avanzando hacia donde estaba la niña.

Intimidada, toda llorosa, Finafrol, se sentó en un montón de grava, al pie de un castaño secular, achaparrado, de inmensa copa —uno de la docena que en el país se conocía por *los Apóstoles*— y procedió lentamente a desatar los cordones anudados con tanto gusto. De improviso, tuvo la sensación de que la miraban... Alzó la cabeza. En efecto, del soto lindante con el camino real acababan de salir dos señoritos, con arreos de cazadores: escopeta, morral, bota alta de cuero. Al uno le conocía Finafrol: como que era don Miguel Amorós, el salazonero de Areal. Y el otro... ¿quién sería? Quien fuese, la contemplaba de un modo tan fijo, tan directo, que en la cara, bajo la superficial escaldadura del llanto, percibió Sidora otra quemadura, un ru-

bor profundo, el bochorno de ser mirada así, cuando remangaba su grueso refajo de bayetón para quitarse zapatos y medias.

—¿Cómo te llamas, rapaza? —interrogó el cazador desconocido.

—Llámome Finafrol, para servirle —balbuceó casi ininteligiblemente la niña, bajando cuanto podía las bayetas de sus haldas.

—¿A ver? ¿Repite ese nombre, que parece muy bonito?

—Finafrol... También llámanme Sidora.

—No, no, que te llamen Finafrol siempre... ¡No sabes tú la poesía que hay en ese nombre!

Nuevamente las mejillas de la niña se abarcaron... Fue como si la hubiesen requebrado; y realmente, la intención del señorito era requebrar. ¡Un señorito! Tenía el cazador aire muy distinto del de la gente de Areal: su pelo de artista, revuelto y rizado, se escapaba por debajo de la gorra gris a cuadros; sus facciones eran perfiladas, expresivas y algo marchitas, con ese principio de fatiga que causa el abuso de los placeres, que puede confundirse con la más noble melancolía —y a veces la engendra—. Su cuerpo, dentro del burdo chaquetón, permanecía elegante y flexible, y vistiendo exactamente como el fabricante, no se explicaba por qué éste parecía el criado y el otro el amo. La mirada del desconocido, terciopelosa y atrevida, se hincaba en el alma como un cuchillo de oro. Ninguna mirada de sus compañeros de mendicidad había turbado nunca a Finafrol. Delante de ellos, nada la importaría descalzarse. Delante del señorito, podía el tío Amaro matarla... que no se descalzaba, no. Y su mayor sofoquina era que las faldas usadas, roídas por el barro, pingajosas, no tapaban ni el pie —de forma pura a pesar de tantas caminatas—, ni el perfecto arranque de la pierna juvenil.

Don Miguel intervino; también él miraba, curioso y engolosinado, a la chiquilla.

—Acaba, mujer —dijo campechanamente—. Ya sabemos que los zapatiños son para los días de fiesta, y no conviene gastarlos al andar. Te los cuelgas al hombro... y tan campante.

Quiso gritar Finafrol. —Me los quito a la fuerza—, pero no fue menester: el desconocido habló en su lugar.

—¡Si no es eso! —exclamó—. No te has enterado, hermano. La rapaza se descalza por orden del ciego. Ella, al contrario, llo-

ra porque quería ir con sus zapatos nuevos—. Irá. ¡No faltaba más! Y la he de comprar yo otro par, mejor que ése, y una docena de pares de medias. ¿Cómo se entiende, descalzar a una criatura tan encantadora?

Conocía Miguel Amorós a Finafrol y al tío Amaro. Bastantes veces acudían a la puerta de su fábrica, en demanda de sardinas saladas y mendrugos de pan. Al ciego le tenía por un tipo cómico, un grotesco de feria. En la chiquilla apenas se había fijado. Ahora reparaba en su belleza, que había irrumpido de pronto, como la de los claveles reventones en los rotos cacharros de las solanas de aldea.

—Tío Amaro —dijo cual si se asociase al capricho de su hermano— ¿por qué manda que se quite los zapatos Sidoriña? Deje que los gaste en paz.

El ciego no había pronunciado palabra hasta entonces. Una contracción de astucia y de desconfianza aparecía, ya que no en sus horribles ojos lechosos, en su rojiza frente, donde cada arruga se señalaba por un trazo denegrado, de rancia suciedad. Lo que tantas veces había temido, estaba allí. ¡Los señoritos de Areal ponían en Finafrol los ojos! No era ya Finafrol aquella rapaza desmedradilla que, al tirarla él de las greñas, le llegaba justamente a la altura de la extendida palma: ahora se había hecho moza y garrida, y se la quitarían, dejándole otra vez solo, cuando llevaba años de creerla suya, tan suya como el zurrón y la *zanfona*... Se le crispó el rostro, con esa trágica seriedad que la angustia de la sombra presta al rostro de los ciegos... Interpelado, tuvo que responder; y respondió con la evasiva de una copla. Requiriendo la *zanfona*, en ronca voz entonó la ramplona y aduadora improvisación:

Estos nobles señoritos
me parecen dos marqueses;
Dios los cubra de regalo
y la Virgue se lo premie.

—Déjese de cantares... —interrumpió Mariano Amorós, pues el cazador desconocido no era sino el hermano del salazonero—. ¿Es hija suya esta muchacha?

A un mismo tiempo respondieron, el ciego, con la boca, que sí, y la niña con la cabeza, que no.

—¿Para qué mientes, perillán? —exclamó Mariano—. Ni es hija tuya, ni en tal piensa. ¿Querías engañarnos, eh? Verás cómo te ponemos al habla con la Justicia, y se aclara el porqué abusas de esta criatura, llevándola descalza por los caminos. Sabe Dios dónde has robado tú a la rapaza.

—¡No me robó, no, señor! —protestó la niña—. Es a modo de mi padre, porque ni padre ni madre tengo.

Aturdido al pronto el ciego por la tempestad que se le venía encima, callaba, haciendo con los labios el movimiento de rumiar, gesto de los momentos críticos. Su iracundia le hervía a borbotones en el pecho, y sus dedos se engarrotaban oprimiendo el palo.

—¡Qué perro debe de ser el maldito! —pensaron casi a un tiempo los dos hermanos—. ¡Si pudiese, nos daba de estacazos ahora!

De pronto, un cambio súbito demostró en el tío Amaro esas facultades de histrión que llegan a poseer los mendigos al cabo de cierto tiempo de ejercer su profesión intranquila y perseguida. Adoptó aire humilde, y murmuró seguro de que Finafrol no le desmentiría:

—No la robé, no, señoritiños, que alhajas con dientes no tienen para qué las robar los pobres. Recogila, y anda conmigo. Por su voluntad anda, que ella no dirá menos.

—Así es —declaró Finafrol—. Ando por mi voluntad.

—¿Y te parece bien, raposo viejo, traer a una muchacha así durmiendo en las carreteras, o en las tabernas? —acusó Miguel, que empezaba a interesarse mucho en la suerte de Finafrol.

—No dormimos en taberna ninguna, señorito; nos recogemos las más noches en los pajares, o en la posada de los pobres.

—Buena posada será —dijo Mariano riendo.

—¡Ay, señorito! —gimoteó el de Espadanela—. ¡La posada no es como la de los ricos, eso ya se sabe! Los ricos, señorito de mi yalma, todo lo tienen manífico. Sus buenas camas compridas, con sus seis colchones para la blandura, si cuadra, y sus doce mantas para se bien cubrir, y sus tres colchas de raso; pero al pobre que anda a las puertas sábele bien el saco relleno de paja

triga, o el montón de poma. Con eso y la taza de caldo... posada hay.

Los hermanos sonrieron a un tiempo de la descripción. Más familiarizado con el país, Miguel comprendió en seguida.

—¿Es la casa de Pepe Reigal? —preguntó.

—Sí, señor, señorito —prosiguió el ciego, acentuando su alarde de humildad. Es la posada de las buenas almas, donde no paga el pobre. El ciego lleva ya treinta años de pedir por los caminos, y cuando no tiene cama, no va para casa de ningún señor, sino para la de Reigal. Que se junten sinco pobres, que se junten dies, no ha faltar el saco de paja ni la tasa de caldo.

Miguel reflexionaba. Las palabras del ciego le despertaban una especie de remordimiento. Puede que la prosperidad de su fábrica le obligase a ocuparse de los necesitados... ¡Los Reigal, después de todo, eran unos labriegos, y hacían tanto bien! Con su parsimonia de industrial calculador, que sabe el valor del dinero, y lo que cuesta ganarlo, discurría que, en beneficencia como en todo, un duro bien administrado produce más que cien pesetas derrochadas. Acaso otras ideas, otras aspiraciones confusas y que de pronto habían surgido también en lo íntimo de su ser, eran oculta raíz del momentáneo impulso filantrópico. Mientras recordaba lo que había oído decir a las sardineras respecto al Asilo de los esposos Reigal, no apartaba la vista de Sidora. Dijérase que la veía por primera vez. Y, en efecto, por primera vez se le aparecía la Sidora mujer, espigada, formada, lavada de fresco, calzada, encendida con ese retoque del pudor que depende de un pedazo de tela, y es imposible que hermosee la faz cuando el cuerpo va cubierto de inmundicia y andrajos...

—¿No me darán un bien de caridad, señoritos? —imploró la voz ronca del ciego, que deseaba terminar el episodio.

—Un peso te daré mañana, día del santo de Miguel, en la fábrica —prometió Mariano— si vas con Finafrol y ella calzada. Como sepa que la has obligado a descalzarse, o como mañana no te presentes... te lo aviso, te entenderás con la Guardia civil, que te llevará trincado a un Asilo, pero un Asilo verdadero, en Marineda.

Ya Miguel había echado mano al portamonedas, e iba a sacar plata; pero su hermano le hizo una seña. Si daban plata ahora,

el ciego no iría al día siguiente a la fábrica, no verían a la rapaza, Dios sabe hasta cuando. Comprendió Miguel, y se puso a silbar, encendiendo una cerilla. Después metió en la mano del ciego algunos pitillos.

—¿Hay codornices por esta banda? —preguntó como al descuido.

—Sí, señorito... Cara a Breame las encuentra —respondió Finafrol.

—Pues abur, rapaza —dijo el fabricante haciendo un guiño de inteligencia a la chiquilla.

Los dos cazadores se alejaron despacio. Habían tomado un sendero de travesía, por entre rastros de maizales recién segados, hacia el pinar, que azuleaba, a corta distancia, encubriendo la perspectiva de la ría. Ambos guardaban silencio: de esos silencios eléctricos, más elocuentes que las palabras. Mariano, el menor, el recién llegado de América, fue el primero que se soltó a hablar; no veía motivo de ocultar lo que sentía, y lo soltó, con alegre cinismo de vividor incorregible, de hombre que sólo obedece a su impresión del momento.

—La chica —exclamó— es una monada. Como las hortensias de nuestro huerto cuando se ponen color de rosa. No se puede consentir que siga el asqueroso del ciego divirtiéndose con ella.

—Creo que es un disparate eso que dices —protestó Miguel, más molesto de lo que al parecer requería el asunto—. El ciego, para esa chiquilla, será como su padre.

—¡Psych! —respondió Mariano alzando los hombros—. Ahí tienes una de las veintisiete cosas que no me importan. La cuestión es que la chiquilla vale un mundo. Su aire de distinción y de candor aumentan el atractivo de su cara preciosa. Si yo desasno a esta pequeña, la espera un gran porvenir. Haré una buena obra, un verdadero «bien de caridad», como ellos dicen.

Miguel sintió que le subía al rostro la oleada de cólera que frecuentemente encrespaban los hechos y dichos de Mariano.

—¡Qué conjunto de barbaridades! —gritó, tan alto que a él mismo le extrañó el airado sonido de su voz.

—¿Barbaridades? —Mariano soltó la carcajada—. ¿De qué manera se hizo la Carolina Otero, vamos a ver? ¿No andaba como ésta, descalza y pidiendo?

—¡Calla, calla! —Miguel sentía una especie de dolor, una contrariedad inexplicable—. ¡Ya se ve! —prosiguió, incapaz de contenerse—. ¡Tú, qué has de pensar, sino esas cosas! No hay para ti, hermano, ni enmienda ni castigo. No te ha bastado pasar miseria por tus vicios, y quieres volver a las andadas. En vez de hacer aquí vida tranquila, discurrees maldades... ¡Para ti no hay salvación, Mariano; no la hay!

El joven se había parado. Encendía trabajosamente un cigarrillo, protegiéndole con el sombrero de la brisa fuerte y salobre de la ría. Una expresión sardónica desfiguraba sus bellas facciones.

—¡Vaya un predicador que me he echado! —murmuró—. Mira, Miguelito, hace tiempo que falleció nuestro padre.

—¡Ah! ¡Si viviese! —exclamó el hermano mayor.

—¿Si viviese... qué? A mí no me pone andadores nadie, ¿entiendes? Y no creas que pienso darte mucho la tabarra con mi presencia, ni que Areal es tan divertido para que uno se eternice aquí. En cuanto sueltes lo que me debes de mi parte en la fábrica, levanto el vuelo, y probablemente no vuelves a verme en tu vida.

—Tu parte... ¡Tu parte, ya sabes que es poca cosa! —respondió Miguel, estremecido de ira—. Mi padre me lo dejó todo a mí, porque te conocía bien.

—Pero hay los gananciales de mi madre... Eso lo discutirán nuestros abogados, si tú de bueno a bueno no me dices lo que en justicia me corresponde.

No se habían cruzado todavía entre los hermanos palabras tan ásperas. Los primeros días de la imprevista llegada de Mariano, se diría que evitaban la conversación peligrosa, aunque Miguel comprendiese que la venida del menor no era a humo de paja. En aquella mañana de otoño, bajo un sol tibio, quizás les excitaba el aroma de la resina, el montés efluvio de los brezos rosados, o acaso otra causa, otra influencia, la que hace perpetuarse la vida.

—Lo discutirán los abogados, bueno —pronunció Miguel, con la frialdad característica de la cólera que se reprime—. Tendrás el gusto de estorbar mis negocios, de embarazar la marcha de la fábrica, que tantos desvelos costó a nuestro padre, todo para

sacar unos cuartos que te gastarás en tres días con bribonas y con truhanes. Eso será el resultado de tu vuelta a España. A cosa buena no vendrías tú.

Mariano escuchaba con aire de reto.

—¡Corriente! —respondió al fin—: si los gasto a mi gusto, eso habré sacado. Lo que no haría nunca, entérate, sería estárme los ahorrando, metido en un rincón, en un poblacho como Areal, entre sardineras y patanes, para que un día me sorprendiese la muerte sin haber gozado de la vida. ¿Estás tú seguro de despertarte mañana? Yo, no...

Cuando así se expresó Mariano, se respaldaba en el tronco de un pino, árbol enorme, con relación a los demás que formaban el pinar estrecho, prolongado hasta la ría. Sin duda el pinar había sido cortado dos o tres veces en un siglo, respetando el hacha solamente aquel ejemplar soberbio, en razón de su magnitud. Su copa sombría y alta, formada por varios brazos vigorosos, desafiaba al cielo, y servía de asilo, en estío, a las aves, que el otoño iba haciendo enmudecer. Sin embargo, cuando Mariano formuló sus dudas acerca de la duración de la vida, un canto característico se oyó entre el denso ramaje. Era el del cuco —profeta, el cuco que dice los años que se ha de vivir— y Miguel, llevado por instinto indefinible, lanzó a su hermano un emplazamiento:

—Eso de si despertarás o no, pregúntaselo al cuco rey...

Mariano recordó la superstición aldeana, y alzando la gallarda cabeza hacia la copa del árbol, interrogó al ave:

—¿Cuántos años *vivirey*?

Al punto mismo, un claro gemido aflautado, repetido, el disílabo *icu!*, *icu!*, salió de entre el verdiazul ramaje... Los hermanos esperaron que el ave agorera segundase el canto, pero sólo notaron el misterioso silencio ambiente y el hondo murmullo del pinar, agitado por la brisa marina. Dejaron transcurrir algunos instantes. El cuco no volvió a cantar.

—Ya lo ves —dijo Mariano al fin, con risa algo forzada—. El profeta me anuncia que moriré este año... ¡Mira si debo andar pensando en hacer economías!

Miguel no contestó sino con otra risa, que trataba de encubrir la impresión grave, involuntaria. Y habló, entre chanzas y

veras. Todo aquello eran tonterías... Lo seguro es no tirar a la calle el dinero.

Y la proposición que le bullía en la mente, la proposición natural del negociante, acudió a sus labios.

—Oye, Mariano... Lo que debías hacer, era dejar tu parte en la casa, seguir asociado. Justamente este año pensaba yo ensanchar la fábrica, construir un pabellón para almacenar las barricas... De Cuba me han hecho un pedido ventajosísimo, expedición mensual, regularizada. Hace falta almacenar en la estación que empieza ahora, para ir luego sirviendo. Yo te pasaré, estés donde estés, el producto líquido... Piénsalo.

El gesto de indiferencia de Mariano provocó otro de despecho. Los dos cazadores avanzaron bosque adelante, y en su imaginación, sobre el fondo de la playa que en el último término del horizonte adivinaban más que veían, una forma juvenil fue como surgiendo de la línea del agua, de un pálido azul blanquecino. Miguel pensaba:

—No tiene trazas de saber lo que es maldad esa chiquilla.

Y Mariano discurría para sí:

—¡Qué emoción la causaba lo que la dije! Si quiero, me la llevo... Cuando tenga un puñado de duros para viajar largo.

* * *

Entretanto, el tío Amaro y Finafrol —calzada— subían la cuestecilla, camino de la rectoral de Soñedo, donde el ama del cura no les negaría una taza de caldo. El ama era vieja, compasiva, regañona y en extremo avara: su caldo, para decir lo más cierto, agua de fregar. Por suerte de los dos pordioseros, el abad se encontraba en la rectoral, no teniendo aquel día fiesta, ni entierro, ni nada que hacer sino releer el Boletín de la diócesis y unos cuantos números descabalados de *La Hormiga de oro*. Así que oyó bajo la ventana la plañidera salmodia del ciego de Espadanela, hízole subir a la solana, con su guía, y mandó que se les diese, amén del caldo, un vaso de pifón, y sardinas asadas, calientes, con su cacho de bolla de maíz. El festín lo despacharon el viejo y la niña, entre bendiciones. Comer caliente es para el mendigo un regalo.

—¿Cuántos años tiene, tío Amaro? —preguntó el cura, mientras el viejo engullía.

—No sé, señor abad —contestó él; y decía verdad; es raro que un aldeano sepa su edad justa.

—¿De los tres pesos ha de pasar?

—Voy para los tres y medio.

El cura meditaba, liando a mano un cigarrillo. Se le había ocurrido un consejo.

—Hace mal en andar por los caminos, tío Amaro. Tiene muchos años para eso ya. Un día le coge la enfermedad y no sabe cómo valerse. Es menester que entre en un Asilito de esos que hay en Marinada. Las Hermanitas de los Pobres... ¡Si viese cómo los cuidan!

El viejo hizo un gesto violento. ¡La misma amenaza del señorito de Amorós! ¿Se habían propuesto todos enterrarle aquel día? Pues a fe que estaba él capaz de darles un disgusto, y que como pudiera esgrimir la cachava... Su hipocresía fatal, hipocresía forzosa, de mendigo, le enseñó a disimular una vez más.

—¡Ah, señor abad! —articuló— ¡Dios se lo pague! Por lo de ahora, me valgo bien y enfermo no estoy, que no tengo más mal que el de la vista, ¡que nunca le falte, señor!

—Bueno, no tiene otro mal, pero le basta; se va a quedar desamparado, porque Sidora poco tiempo le ha de servir, que es moza y otras colocaciones encontrará.

Un estremecimiento íntimo agitó al ciego. ¿Sidora? ¿A Sidora querían quitarle? Sí, eso era lo que se tramaba, lo que se proponían todos... Su instinto le hizo apretar el garrote. ¿Quitarle a Sidora? No lo verían los desalmados. ¿Habían de robárselo todo, a él, al tío Amaro, en este mundo? Como sucede en las horas de conflicto interior, en las almas desesperadas, volvían a la del ciego los recuerdos de todas sus amarguras, de las desgracias que le habían creado tal como era, cazarro y feroz, bajo apariencias de bufón inofensivo y canturreador jocosos, y, en el fondo, saturado de odio y de pesimismo burdo. La vida tenía con él pendiente una cuenta terrible. Desde que se había quedado ciego, era continuo el escarnio. Primero, su mujer, su infame mujer, escapándose con el tunante del rapabarbas, porque era un mozalbete guapín, que tocaba la bandurria y cantaba coplas

de amoríos y de porquerías... Luego, la hija, que después de «andar con todos» se engancha con el hombrachón del sargento, y cierra la puerta a su padre, en la miseria, en la mendicidad. La peor, la otra maldita, la que le acompañó por las calles tres años, la codiciosa, que no le daba de comer por guardarse las perras de la colecta, y así que tuvo ahorrados unos pesos a fuerza de matarle de hambre, una mañana desapareció, llevándose todo, y pareciendo a los pocos meses casada, o el diablo que sepa, con el dueño de la cantina del ferrocarril, allá en Astorga... La única hembra que no le había salido falsa era Finafrol, y él se creía de buena fe su dueño, su protector, su amparo —porque todos necesitan pensar que son algo para alguien en este mundo...— No era amor senil, no era ternura paternal lo que el tío Amaro consagraba a Sidora: era otra cosa: era el acre apego de la posesión, era que juzgaba ser su amo, como se es amo de una ternera o de un pollino; era el instinto quizás más fuerte —el de la propiedad absoluta—, la propiedad que más embriaga y más trastorna, la de un ser humano, la de un cuerpo y un espíritu; el cuerpo, para servir a otro cuerpo sufriendo privaciones y fatigas; el espíritu sin libertad, sentenciado a no emanciparse; la posesión del esclavo. Sí: aquel viejo repulsivo, desharrapado, sin techo ni hogar, aquel despojo de barredura arrojado a la polvorienta carretera, rodando bajo los pies de los transeúntes, como la herradura gastada que suelta el caballo, aquel vagabundo sumido en noche eterna, tenía una esclava: Finafrol. Le obedecía, le atendía, era su cosa, su única pertenencia; y ahora intentaban arrebatarla. A pesar de su mandato expreso, también ella, sublevada, olvidaba la costumbre de obedecer sin réplica. Todo el camino, los zapatos nuevos de la niña, resonando sobre las guijas de la carretera con un sonido bien distinto del que hacían los pies desnudos, gritaban: —libertad, libertad! Viene un señorito, y bastó, la esclava rompía su cadena. ¡Los señoritos! ¡El primero que había perdido a su hija, señorito era! ¡Ahora le sonsacarían a Finafrol, y la quería más que a su hija; más no, pero de otro modo, como quiere el avariento a su cofre, el coleccionista maniático a la perla de su colección! ¡Él que nunca poseyó nada, poseía el dominio sobre uno de sus semejantes; él despreciado por todos, tenía alguien

para quien, la víspera, era señor, era Dios... Y se la llevarían y se quedarían riendo, y le mandarían a un refugio de vejetes chochos, gobernado por monjas! ¡Al tío Amaro, con su cachava, con su zanfona, con su independencia de vagabundo! No sucedería tal. Allí estaba él... Como el animal acosado, que recurre a la astucia para esconderse de sus perseguidores, el ciego, mientras exageraba el gimoteo, el rezuqueo, el humorismo de sus chascarrillos aldeanos, para divertir al abad, trazó sus líneas, su plan diabólico de resistencia y venganza.

Al otro día —San Miguel, San Migueliño el de las uvas, que viene tarde y dura poco— el viejo y la muchacha, después de pasar la noche regaladamente en un molino, sobre los mullidos sacos de harina, salieron hacia Areal, con propósito de recoger en la fábrica la ofrecida y pingüe limosna. Una noche de buen descanso, un día entero sin gota de aguardiente en el estómago y con comida sana y suficiente, habían refrescado el magín del pordiosero, y comprendía que no era prudente escapar, pues le perseguirían. Valía más presentarse. Una idea pueril y cruel —de celoso— le movió a decir a Finafrol:

—Rapaza... A ver si te echas por la cara un poco de tierra... No te laves... Atápate bien con el pañuelo...

La precaución llegaba tarde. En una escapatoria, Finafrol se había lavado a refregones en la presa del molino, inmensa palanquilla rodeada de una orla de espadañas y poas, sus ojos azules, su pelo de oro cardado, sus mejillas de flor de espinera brava, brillaban al sol dulce y madurador de la mañana otoñal.

—Ya me eché la tierra, tío... Ya me tapé con el pañuelo...

Mentía por primera vez acaso en su vida. Y mentía sin escrúpulo. En su corazón había penetrado la gran fuerza que enseña el engaño a los sinceros y arranca la verdad de los labios que la desconocen: la fuerza arrolladora que aduerme y despierta, que mata y resucita... Finafrol pensaba que iba a ver al señorito, por cuya intervención llevaba zapatos, y que la había llamado encantadora con un tono de voz distinto del de todos los hombres que ella conocía. La niña hacía esfuerzos para representarse la cara de Mariano, pero, como suele suceder cuando un rostro impresiona demasiado al alma, los sentidos se negaban a reproducirlo con precisión: la niebla de la ilusión psíquica lo envol-

vía y borraba sus facciones. ¡En cambio, la voz! A solas, al chapuzarse en la presa del molino, tras de la cual se oía el ruido musical del agua, Finafrol había tratado de repetir algunas palabras dichas por Mariano, con el mismo tono, la misma entonación... Creía estar oyendo aún la voz de plata, que acariciaba y prometía...

Serían las ocho cuando se detuvieron los dos mendigos a la puerta de la fábrica de conservas, o mejor dicho, a la del corral rodeado de cobertizos donde se hacinaban confusamente las barricas de salazón y los maderos para construirlas. Allí estaban ya los demás parroquianos de la posada caritativa de Reigal: Mediocorpo en su carrito, la Bica temblando y riendo, el Cojo admirando la industria de los Amorós —¡él había nacido industrial!— y Marica de las Uñas comiéndose unos racimos robados en una huerta de otra parroquia. Nordés era el único que faltaba: todos sabían por qué; cuando iba, iba a escandalizar, no a pedir, porque los Amorós le habían dejado por puertas al robarle su barca; y delante de Dios, le debían mucho dinero, iretoño!

La fábrica de salazón se asentaba al borde de la playa, la extensa playa orgullo de Areal, que rodean malecones de mampostería y sillería, formando un paseo frecuentado por marineros, chiquillería oliente a saín, y pescadoras con cestos de sardina en equilibrio sobre la cabeza. Álamos blancos corpulentos, de argentino follaje color de luna, sombream desde afuera el patio, ante el cual (a pesar de las exhortaciones del único guardia de orden público que en Areal existe) se hacinan despojos de sardinas y calamares, el residuo de las conservas, apestando el aire que la brisa del mar purifica. Alrededor de estos pintorescos inmundiciarios, que huelen a fósforo, agrupábanse los pordioseros, aguardando la hora de la distribución.

La sangre de Finafrol dio una vuelta, cuando salió por la puerta que del corral conduce a la casa, un bulto de hombre. ¡Ay!... no era Mariano. La niña no sabía que estos señoritos rara vez madrugan... Era el mayor —el que parecía criado del otro— y un coro de adulaciones mendicantes acogió su presencia. ¡Dios le prosperase, Dios se lo aumentase de gloria...! Giraban los desharrapados letras, endosando su gratitud al cielo... Al encararse con el de Espadanela y su guía, Miguel sonrió:

—¡Ah! ¡Me alegro! Pensé que no ibais a venir... Entrad, pasad a la cocina.

Quedáronse los demás envidiando. Para ir más pronto a la cocina particular de Miguel —no la enorme barraca donde se guisaban las conservas— era preciso cruzar el huerto, en que murmuraba una fuente. Protegida por un emparrado, abríase la puerta de la cocina, que sería algo lóbrega, a no alegrarla el rojo rubí del fogón encendido. Una mujer anciana fregaba cazuelas; aquel día era de comilona, en obsequio al santo.

—Reimunda —ordenó el fabricante—, dales un buen desayuno.

—¿Caldo? —preguntó la mujeruca, criada antigua, algo desdeñosa de los pordioseros.

—No, caldo no... Les fríes huevos... Les calientas café y leche...

Y volviéndose hacia los mendigos, añadió:

—En comiendo a gusto, avisad, que tengo que hablaros.

Se hartaron. Miguel aguardaba en su despacho comercial, de aspecto árido, polvoriento. Allí pasaba el joven fabricante interminables horas uncido a su trabajo, ahorrándose cajero y dependiente, según el parsimonioso sistema de su padre, el viejo Amorós, fundador de la fortuna de la familia, y que tenía por máxima «El dinero lo cría el sudor». Seguro ya de poseer un bonito capital y de sacarle interés suficiente para vivir con desahogo, Miguel continuaba al yunque, sin otorgarse un momento de solaz. Estaba habituado a trabajar, como a holgar su hermano, y se encontraba a gusto entre sus facturas y sus libros de caja, o sufriendo los punzantes olores de los guisados para las latas, y el salobre vaho de la sardina embanastada o salmorrándose en el pilo. Sin embargo, ahora, el prosaico fabricante sentía ansias vehementes de otra cosa distinta, de una alegría en la vida oscura, de un afecto de mujer. Su soledad, su trabajo bovino empezaban a pesarle, y las palabras de su hermano, acerca de lo fugaz de la existencia, le acudían al pensamiento. «Me moriré sin haber vivido».

Entraron con paso receloso, el tío Amaro y la niña, y antes de invitarlos a que se sentasen, Miguel les tendió un reluciente duro.

—Ya veo que traes los zapatos, Finafrol... Ahí va el premio que mi hermano ofreció ayer...

La niña pasó la moneda al ciego, y se oyó el marmoneo de las gracias.

—Siéntate Fina... Y usted también, tío Amaro... Oye, chiquilla: he determinado que no andes más por ahí pidiendo. No lo consentiré. ¿Quieres entrar en mi fábrica a ganar jornal?

—No sabe de trabajar, señorito —interrumpió el viejo.

—¿Que no sabe? ¿No ha de saber coger la sardina del batiporte y echarla al pilo? ¿Qué tiene eso que aprender?

—Quiérese decir, señorito Miguel, que no está vezada en eso, y no la crié para la fábrica.

—Oiga, tío Amaro —pronunció Miguel con calma—. No trate de oponerse a que se le haga bien a la muchacha, porque perderá el tiempo. Me he propuesto que no se desgracie esta criatura, que coma su pan honradamente, y que no ande rodando por ahí, de mala manera. A usted también le saco de la mala vida. Si no prefiere que le recojan en un asilo, aquí tendrá comida, y cama mejor que el mollo de paja... ¡y me parece que le ha caído hoy un premio de lotería! Estará usted con Finafrol, que yo no le echo a la calle, ni le mando a sus años a caerse de un ribazo por falta de quien le guíe.

Hosco, sombrío silencio fue la respuesta del ciego, cuya frente rugosa parecía cubrirse lentamente de niebla. Su voluntad contenía su furia, pero le rugía dentro, mientras con una mano apretaba el duro, codiciosamente.

—¿Qué dice el ciego de Espadanela? —interrogó Miguel— ¿Es mala mi proposición? ¿Comer, descansar...?

—Señorito —rezongó sentencioso el viejo—, como aquel que dice, yo estoy hecho a mi modo de andare... y ya a mis años, que me moriré mañana si cuadra, no me sale de dentro otra cosa...

—¡Bueno! Pues siga usted su vagancia... Búsquese un chiquillo, un perro... Finafrol no va más con usted.

Saltó el ciego, sin contenerse, en la silla.

—¡Ésa no es ley de Dios! ¡Señorito! ¡Le quitar al ciego su compañia! ¡Ésa no es ley buena! ¡Y el señorito de la fábrica no es quien para le coger al pobre su hija!

—¡No es hija tuya! Si lo fuese, sería otra cosa. No tienes sobre ella derecho ninguno. Amiguiño, eso acabó. Si no es por bien, será de otro modo... porque hay muchos modos de hacer las cosas, cuando la gente no anda como debe andar... Tiene usted —añadió suprimiendo otra vez el tuteo— la ley en contra suya. ¡Mejor será que se venga a buenas, y acepte el beneficio que se le hace!

Finafrol escuchaba en silencio. El ciego, trémulo de furor, recobró la astucia de callar. Sentíase cogido, y, como la alimaña montés en igual caso, antes de intentar la desesperada defensa última, se encogía y se encaracolaba haciéndose el mortecino.

Al fin, balbuceó una frase:

—Será como usted dice... Los pobres no valemos nada, ya se sabe... Contra un pobre todos pueden...

—¡Ah, raposo! —pronunció la voz hermosa, cálida, sugestiva de Mariano, que acababa de entrar—. ¿Conque los pobres, eh? Bueno, usted ya puede considerarse rico, porque mi hermano va a trabajar como un mulo para que usted descanse... y para que lo pase bien esta paloma... ¿Verdad, Finafrol, que estarás muy contenta aquí?

Tampoco se atrevió a contestar la muchacha. Pero sus ojos, límpidos como el agua de la ría mimosa, se posaron un instante en el rostro descolorido de sueño y un poco ajado de Mariano, en su frente aún sudorosa que guarnecían los rizos del pelo oscuro, y la respuesta fue más clara que si los labios hubiesen pronunciado palabras de abnegación y amor. Sonrió el perdido. ¡Conocía tanto aquella expresión divina, incondicional de los rostros femeniles!

—Todo está arreglado —dijo—. El tío Amaro se paseará por donde se le antoje. Tienes un duro de mi hermano y ahí va el mío. Finafrol se queda aquí. Ayudará a Reimunda, porque en la fábrica no ha de trabajar. ¿Para que apeste y se llene de escama el cutis?

Así que se retiraron el ciego y la niña, refunfuñó Miguel.

—Oye, quien debe dar órdenes soy yo. Estoy en mi casa, me parece.

Mariano soltó una risa de ironía.

—Mientras no se arreglen nuestras cuentas pendientes, hermanito, estamos en nuestra casa los dos. Y además, lo que he

mandado es lo mismo que tú mandabas. ¿No les proponías, que yo lo oí desde el pasillo, alojarles aquí para que no sigan mendigando?

—Sí, pero por lo mismo no tenías tú que mezclarte...

—¡Vamos, no te pongas impertinente! Mira, si te estorbo, despáchame: es bien sencillo. Me largas mi parte... y en paz. Pero créeme: yo sé hacer estas cosas mejor que tú. ¿Pues no se te ocurría proponer a la muchacha que entrase a trabajar en la fábrica? ¿Sacarla del polvo de las carreteras y meterla en la escama apestosa de la sardina? Hijo mío, para todo hace falta un poco de estética.

—La daba una profesión honrada —protestó Miguel.

—¡Bah, bah! No parece sino que éste es asunto de honradez. No seas tonto, que a mí podrás enseñarme lo que gustes en materia de negocios, pero en capítulo de mujerío no me das lecciones, porque eres un infeliz... Hablemos claro, ¿quieres? A los dos nos ha parecido bien la niña, que es como una rosa. Se trata de ver cuál la camela primero; ¡somos rivales!

Miguel palideció de ira y de repugnancia.

—Eres un bárbaro —pronunció, temblando al ver desgarrado así el velo de lo que él creía secreto, y un poco sagrado ya.

—Soy franco, no hay más —contestó Mariano—. ¿O es que has pensado casarte con todos los requisitos? Entonces, dilo, y te aseguro que nadie me ganará en respetar a mi futura cuñadita.

Miguel titubeó el espacio de un segundo... La idea se le había ocurrido, o mejor dicho, había percibido la impulsión de armonizar la felicidad amorosa con el orden y la regularidad que formaban la base de su existencia... y esto sólo podía ser dentro del matrimonio... Pero las palabras de Mariano el día anterior, alusivas a la posibilidad de una relación torpe entre el ciego y su guía, o de cualquier otro incidente que hubiese manchado a Finafrol, cohibieron este arranque generoso dentro de su egoísmo. La precaución del negociante poco sentimental, reapareció:

—¿Estás loco? —dijo—. No he pensado semejante cosa.

—¡Entonces, nos veremos! —desafió risueño el menor.

Mientras conversaban los dos hermanos, el tío Amaro salía a la playa, tanteando con la garrota. La niña quedaba en la cocina, ayudando a Reimunda a lavar verduras y restregar peroles.

El ciego, en quien los sentidos estaban afinadísimos, respiraba con fuerza el aire vivaz del mar. En su cabeza, momentos antes congestionada de sangre, las ideas se esclarecían, y la astucia empezaba a dictar planes complicados o de terrible y rápida sencillez. Resuelto estaba el viejo a no consentir que se apoderasen de Finafrol, *ique le pertenecía*, que no pertenecía a nadie más! Revueltas las heces del dolor, el instinto de devolver mal por mal, de herir, porque tantas veces le habían herido, asomó pujante y bravo, como gato montés que sale de su guarida.

Una voz familiar le interpeló.

—¿Aonde va tan solo, tío Amaro?

Era el vocejón turbio, atascado de tabaco, de Nordés.

—Por ahí... Finafrol queda en la fábrica echando una mano en la cocina...

—Vamos, sí —asintió Nordés—. Como hoy es el santo del señorito Miguel..., *ique maldito sea!* Y habrá gran comilona... ¡Cosas de ricos! Nosotros, a nos apretar la barriga. Nos quitan hasta el trabajo...

—También nosotros vamos hoy a disfrutar —advirtió el viejo, que oprimía entre los dedos engarrotados de reuma dos duros—. Yo te convidó, rapaz. Vamos a casa del *Bonito*.

Se encaminaron a la taberna, que era a la vez tenducho de aceite y vinagre. El dueño los miró con alguna desconfianza, pero el tío Amaro echó un duro sobre el mostrador, recién fregado con cloruro, que olía a muerto.

—Está bien, está bien —refunfuñó el amo, que debía su sobrenombre a la perfección de unas facciones de angelote bobo, hoy borradas por la grasa. Y, sin preguntar, sacó caña, vasos, y, para Nordés, el único hambrón, pedazos de bacalao frito y huevos duros. El ciego pidió que les pusiesen la mesa en sitio retirado para que no le viesen comer «cosas buenas», y se instalaron en un rincón de la cuadra, ahora vacía, y a veces ocupada por callejos de trajinantes.

El ex-marinero devoró. La cañita empujaba el condumio, y desataba la lengua. Sólo que Nordés, al charlar, se ponía más sa-

ñudo y lacrimoso, al paso que el viejo, sin dejar de atizarse caña, guardaba la cauta actitud de un preguntón.

—Vamos, que te echaron a pique —decía de vez en cuando, moviendo la cabeza.

—Sí, señor, a pique —gimoteaba Nordés—. Un hombre tiene su bote para se ganar la vida, y le emprestan cuatro cuartos, a cuenta de lanses de sardina... y luego disen que no sirve para remar, que se le acabó la fuersa... y le llevan su bote, porque no ha pagado los cuatro cuartos del empréstamo... y lo echan a pedir limosna por el mundo adelante, que es una verjuensa, cuando el hombre se había ganado siempre el taco de pan, iretoño!

Era la vieja manía de Nordés, el declararse expoliado por los Amorós, despojado de su barca, aprovechándose de su enfermedad para presentarse como un inválido, un inútil. Los otros marineros, que recordaban hechos y sabían cosas, se reían de la tema, pero aquel día, el ciego de Espadanela le dio la razón plenamente, lo cual exaltó más a Nordés.

—Un hombre, cuando le hasen una, no se queda así —declaró el ciego.

—¡Ay, señor Amaro! —barbotó el marinero—. ¡Los pobres no tenemos poder!

—No tenemos poder para reponernos; pero, ¿tú viste lo que hase el cangrejo, con perdón? No se repone, pero como pueda agarrarte con la tenasa, te fastidia. Yo en tu pellejo...

—¡No se puede haser nada! ¡Nada! ¡Hay que se dejar robar! ¡Mi barca, me la han quitado, y ahí la veo en la playa todos los días, y no soy dueño de sacarla a la mar, ni una tarde, para me divertir en coger panchos! ¡Quien se divierte en ella todos los días es el señorito más joven, don Mariano, y no me aseta para remar, que rema él!

—Eso es haser burla de un hombre.

—Hay que poner la cara para que nos arreen la bofetada, y dar gracias ensima, retoño.

—No lo había de sufrir yo.

—No tendría más remedio.

—Ya discurriría, que hay mucho que discurrir.

—Pues discurre, que yo tengo los ojos.

—No eres hombre para haser lo que yo discurre.

—Soy hombre para todo. —Y con énfasis brutal, el marinero se golpeó el negruzco pecho.

—¡Soy hombre para meterle a cualquiera un cuchillo por las tripas, me parto...!

—Calla, brután... ¿Quién piensa en cuchillos? El chiste es que se queden sin el bote que te robaron...

Nordés exhaló un gruñido de asentimiento.

—Una noche pego fuego al bote.

—¡No, parvo, que entonces se sabe que fuiste tú! Eso se ha de haser de otra manera mejor. Yo te esprico, y tú cuando yo te diga, hases lo que yo te esprique.

—Boeno, señor Amaro... Ganas tengo de jugarles la mía... ¿No será nada que tenga que ver la justisia, me parto en ella?

—No se podrá meter en nada la justisia, que es el demonche para los pobres, iya se sabe! Tú llévame a carón de la barca, y te diré...

Y los dos mendigos, temblones de piernas a causa de un principio de embriaguez, salieron de la tasca por la puerta de la corraliza.

* * *

Miguel durmió poco y mal la noche que siguió a su conferencia con los pordioseros, la primera noche que una mujer joven y hermosa pasó bajo sus tejas de celibatario. Planes y sueños, inquietudes de lo presente y figuraciones de lo por venir, le tuvieron en acalentrado desvelo.

Lo que estorbaba a Miguel en sus planes sentimentales, era su hermano. Debe decirse que Mariano, con toda su jactancia de galanteador, se mostraba en esta ocasión prudente, y parecía haber tomado en cuenta las advertencias de Miguel sobre el respeto a la criatura acogida en el hogar. No se le veía mostrarse insinuante con Finafrol. Sin embargo, mientras él estuviese allí, Miguel no podía adelantar un paso en la intimidad con la muchacha. Era, si no el enemigo y el rival, por lo menos el testigo importuno, burlón, molesto. No había más que un medio de librarse de él; y este medio era el mismo que la inteligencia comercial del fabricante aconsejaba: dar pronto y sin más revi-

ravueltas defensivas al perdido su parte, y que se fuese por esos mundos otra vez, a violentar a la fortuna o a que le echasen a presidio.

Como hombre práctico, Miguel comprendía la utilidad de desenredar la maraña de la herencia. ¡Cada uno lo suyo! La sangre catalana hablaba alto.

Mientras disponía la entrega, con actividad, Miguel observaba a la niña, y la observación disipaba parte de sus sospechas acerca de la índole de las relaciones de la mendiguita con el ciego. La pureza deslumbra como el resplandor de la nieve, y el modo de ser y de conducirse de Finafrol respecto al tío Amaro era al mismo tiempo filial y castamente reservado; no permitía duda. Igual recato que con su antiguo amo y tirano, mostraba Finafrol con el joven fabricante. En medio de su alegre dulzura, de su humildad infantil, Finafrol descubría el instinto tan profundamente femenino del pudor, señuelo del alma del hombre. Bajo la arena de su vida errante había brotado en estrecho y recogido capullo esa azucena rosada de la vergüenza, semejante a las que, en los arenales y playas de la región, dan una nota viva en el otoño. Y Miguel entre sus facturas y sus libros de caja, se sentía preso, embarbetado por el ganchillo dulce, atraído por el cebo delicioso...

Un nuevo encanto de Finafrol consistía en el rápido aseñoramiento y embellecimiento de su gentil persona. Es asombroso lo pronto que suelta la mujer joven la rugosa envoltura de la crisálida, la parda deformidad de la miseria y saca a luz los colores aterciopelados de la hermosura. Miguel había dado a la muchacha dinero, en concepto de salario adelantado, y ella lo empleaba en asearse y acicalarse, con modesta coquetería. Su magnífico pelo de seda, del tono de la espiga madura, formaba ahora bien alisada cortina alrededor de su frente, y hacía resaltar sus matices blondos un lacito travieso, de negra cinta de velludo. Su purificada tez tenía los tonos nacarinos de las conchillas de la playa. Sus pies limpios se encerraban en *bebés* de cordero negro, abrochados sobre tersa media de azul algodón. Sus dos o tres trajecillos de percal, incesantemente lavados y planchados, eran claros, con pintas o rayas. Sus manos empezaban a perder la rudeza de la vida medicante, los estigmas de la vagancia; sus uñas

crecían, y se las cortaba con la tijera de coser. Nadie la había enseñado a tener primor, ni a labrar de costura, sino allá antaño en la escuela, pero por instinto ella propendía a todo lo femenino, y hasta a todo lo señorial —atavismo quizás—; la sangre del caballero que —según la leyenda— daba azul a sus venas menudas. Al ayudar en la cocina a la vieja Reimunda, se ponía un néveo delantal, y al servir a la mesa, lo hacía con ligereza y cuidado, sin manchar los manteles ni derramar salsa de las fuentes. Preparaba el café con inteligencia y perfección, y colocaba en medio de la mesa un jarro de cristal azogado, de esos que tanto abundan en Areal y en los pueblos de la costa, lleno de flores cogidas en el huerto, hortensias, ramas bien olientes de *lesta*, ropero y mejorana, para alegrar más la blancura de los manteles. Secretamente se había comprado en el Bazar un tarro de violeta, pero como los perfumes se delatan, al acercarse con los platos de la comida, Miguel percibía el olor de la niña, que trastornaba sus sentidos. ¡Que se fuese Mariano cuanto antes! ¡Que se llevase lo suyo, y dejase a los demás vivir! Por apresurar el despacho del negocio, Miguel tuvo que emprender cortos viajes a Marineda, idas y vueltas en el coche de línea que diariamente hace el trayecto a la capital. Una desconfianza propia de enamorado le movió a decir a la anciana criada:

—No se aparte de Finafrol... No la deje sola con nadie...

Temía a Mariano, a sus mañas de conquistador, a su incorregible voluntariedad.

Pero Mariano hacía especial estudio en aparecer repetuoso con la niña.

No quería precipitar los acontecimientos, seguro de que todo llegaría a su hora, en oportuna sazón. Sin ser fatuo, Mariano era experto, y conocía al vuelo lo que inspiraba. Sidora, por otra parte, no sabía disimular: no era hipócrita como el ciego: sus ojos de aguamarina dejaban trasmanar el alma. Desde la primera vez que encontraron los de Mariano, lo que expresaron no tenía otra interpretación que la verdadera. ¡Mariano solía reírse de los que preguntan a la mujer si son amados, y exigen respuestas verbales, categóricas! La mujer se entrega con la mirada, con ese fluido divino que asoma a las pupilas e irradia fuego de pasión. ¡Bah! No necesitaba él preguntar a Finafrol su sentir... Lo que más con-

venía era dejar madurar el fruto, al sol de otras miradas, de gestos, de palabras que no dijese nada sino por la expresión del rostro y la magia de la voz. Había notado bien Mariano el efecto de su voz sobre Sidora: al oírle, la emoción hinchaba el pecho de la niña, y a veces traía lágrimas a sus pupilas veladas por denso pestañaje. El magnetismo de aquella voz varonil y un poco triste, con cierto ceceo adquirido en América, sería milagroso... si no fuese tan natural. Aunque la ciencia llegue a esclarecer muchos misterios, no será fácil que dé explicación satisfactoria de cómo en amor se producen ciertos hechos anormales, y se crea una psicología especial. La importancia que adquiere una palabra, un acento, un dicho insignificante, sólo se puede comparar a los fenómenos de la sugestión hipnótica, que producen la abolición de la conciencia propia y paralizan la voluntad. No necesitaba Mariano ni rondar, ni cortejar, ni acosar, ni acechar a Finafrol para arrebatarse la primera caricia, que prepara la segunda: al contrario, la habilidad era adoptar un método de aparente exquisita reserva, y no aprovechar por el momento los viajes de su hermano. ¡Ya vendría ocasión, ya vendría rodada!

En nada alteró Mariano su vida de costumbre cuando Miguel tuvo que ausentarse: unas horas gastadas en el café, en partidas de billar y de otros juegos menos inocentes, aunque no peligrosos, pues en Areal no había *puntos* fuertes; otras horas invertidas en largos paseos por el mar, en la embarcación de Nordés, pescando *panchos*; y sólo alguna vez, al encontrar a la chiquilla en el huerto dando de comer al averío, cogiendo legumbre o tendiendo sus vestidillos recién lavados al sol en unas matas, diálogos cortos, sin nada de amor en las palabras, todo amor en la sonrisa, en el dinamismo de los ojos, en lo significativo de las chanceras preguntas... Y era de sobra, e inútil cuanto se añadiese. El alma de la niña se había hincado de rodillas, sus ojos habían reconocido la entera esclavitud. Cuando el señor y dueño mandase, sería obedecido... Mariano, al apartarse de ella, sonreía echando atrás su cabeza artística, los bucles cuidados y desaliñados a la vez de su pelo más largo ahora—. «¡Tuviese yo tan segura la combinación para hacer saltar la banca!»

Entre los mendigos, el encumbramiento de Finafrol daba no poco que hablar. En el asilo de los Reigal no se comentaba otra cosa. ¡Suerte como la del tío Amaro! ¡Mantenido, regalado, sin hacer nada! ¡Y aún no estaba contento el condenado, rayo en él! ¡Y le sobraba dinero para convidar todos los días al pellejo de Nordés en la taberna del Bonito! ¡Y también *rosmaba* Nordés, después de caerle tal chiripa de convites! Marica de las Uñas renegaba. «¡No es la suerte para quien la merese! ¡A ella no la convidaban nunca! Una vez que se acercó a los bebedores, la echaron con mil maldiciones, pauliñas y plagas. ¡Estaban en una conversación tan calladita que no querían testigos!» Y la garduña guiñaba el ojo maliciosamente, dando a entender que a ella no la engañaban aquellos dos, que sin duda sacaban buen jugo a la residencia del ciego en casa del rico fabricante...

Los domingos, toda la pobretalla de los antiguos compañeros de Finafrol se descolgaba a la puerta del corralón, sombreado por los álamos blancos, pidiendo gollerías... Creían que la niña podía darles, no sólo dinero, sino comida y ropa; y prorrumpían en himnos aduladores a su belleza, a su majencia, con la nueva manera de vestirse y de peinarse que ahora tenía. Y se oía el marmoneo admirativo de la centenaria, susurro sin dientes, baboso:

—¡Asús, asús bendito, mi madre de los Dolores, san Mamed nos valga! ¡Pareces la reina, rapacina! ¡Qué fortuna, mujer, qué fortuna!

Mariano, un día, le puso en la mano un billete de cinco duros, para que tuviese con qué hacer limosna. Y fue una alegría infinita para Finafrol poder distribuirlo. ¡Tenía también esto, como herencia de aquel «señor» misterioso que la había traído a este mundo... ¡Dar! ¡Qué goce! La niña quisiera despojarse de lo que llevaba puesto, con actitud bizarra y generosa, quedándose ella sin nada. Era una simpatía más que la unía a Mariano, al pródigo, al perdido...

* * *

Vino al fin el notario; llegó la hora de que los hermanos liquidasen definitivamente. Aquel día toda la casa tomó un aire

de misterio y gravedad. Cada palabra parecía tener especial y serio significado, aunque Mariano alardease de su habitual alegría y descuido.

Ambos hermanos, en el fondo, estaban satisfechos; Miguel se veía por fin dueño indiscutido de lo poco o mucho que después de la liquidación le quedase; Mariano se veía ya en ciudades vibrantes del extranjero, donde el oro rueda en los grandes Casinos y la vida es más intensa, más complicada y rauda, y más delirante la orgía... Se veía con Finafrol del brazo, pero una Finafrol transformada, sacada a luz como diamante que el diamantista talla y monta al aire en delicada montura... Una Finafrol cuyo rubio cabello había convertido un peluquero en espuma de Champagne; cuyo cuerpo, espiritualizado, se adivinaba entero, flexuoso y mórbido, bajo las telas plegadas por el gran modisto, y cuyo rostro, en vez de la frescura que presta el aire libre, mostraba esa ligera y graciosa fatiga, esas tintas malva suave en el cerco de los ojos, que descubren la alteración de los nervios en la exaltación de la dicha... «Yo la lanzaré»... Ni por un momento se le ocurría a Mariano que la idea fuese monstruosa. Al contrario: juzgaba tan natural sacar a luz la belleza de una mujer, como enviar a Milán a un rústico que tiene voz de tenor, o a Roma a un mozalbete que empieza a manchar lienzo. ¿Cuánto mejor era para la niña mendiga el porvenir brillante, la suerte de una Otero o una Cleo de Merode, que acoquinarse en la fábrica, soltar cada año un chico, desfigurarse, andar en chinelas, y engordar? No, lo estético, era lo que él se proponía hacer de la vagabunda, cuya poesía adivinaba, cuyo retrato presentía en tarjetas postales, en los escaparates de las tiendas de París.

* * *

Firmado el contrato, se estipuló la entrega. Se convino en pasar al día siguiente a Marineda, a recoger la suma, y que el mayor la pusiese en manos del menor. Los dos hermanos irían juntos, y allá se ultimaría el negocio.

Pero, cuando Miguel se presentó dispuesto a marchar, Mariano se quejó de dolores en las piernas, una antigua afección,

que a veces remanecía. Sin desconfianza, Miguel partió. No volvería hasta realizar facturas y descontar pagarés para juntar la suma completa. Estos pellizcos nunca se sufren sin dolor. ¡Hacen pupa! El fabricante partió malhumorado... Apenas hubo desaparecido, Mariano se sintió mejor súbitamente, levantose, se acicaló con el airoso descuido que acostumbraba, y que acentuaba lo original de su tipo, el atractivo de su cabeza rizada y su faz descolorida. Su camisa de seda descubría la garganta fina, sin nuez, como de mujer, y de su persona se exhalaba fragancia de cuero de Rusia y tabaco escogido, la fragancia que entre otras mil reconocería Finafrol.

Bajó al huerto. La niña estaba allí, ocupada en atar con bramante trozos de caña a las patitas de un pollo nacido hacía pocos días, y, que, empujado por el gallo impaciente de cortejar, se había quebrado el hueso contra una piedra. La gallina, inquieta, daba vueltas alrededor de la niña, dudando entre saltarla los ojos o agradecerla su cuidado. El ciego, sentado al sol, picaba tabaco con la uña.

—Ahí está ese espantajo —pensó el joven Amorós, frunciendo el ceño. No era la primera vez que notaba que el viejo se interponía siempre entre la muchacha y él, procurando no dejarla sola un instante. Y acercándose al ciego, le metió un duro en la mano, murmurando para sí: ¡Ungüento eficaz!

—Váyase —le dijo— a echar unas copas a mi salud, hoy que ya se acabó la cuestión con mi hermano. ¡Eso hay que mojarlo, hidalgo de la Espadanela!

—Se estima, señorito —contestó el viejo, que guardó la moneda, pero permaneció inmóvil, como si no entendiese.

—¡En vez de estimar, lárgate a beber! —ordenó ya impaciente Mariano.

—¿Tiene muchas ganas de que me vaya? —pregunto con extraño tono el tío Amaro.

—¡Si piensas que es muy divertido tenerte delante, con esa jeta! —respondió entre colérico y risueño el mozo.

El ciego se levantó sin añadir palabra, y con su paso zopo y su cabeza erguida, vigiladora, se retiró lentamente por la puerta de la cocina. Mariano, inmediatamente, se acercó a Finafrol, y la auxilió en la piadosa tarea de entablillar la rota patita del

ave, que parecía una bola de seda color amarillo pálido, donde hubiesen clavado dos alfilericos negros, los vivos ojos. El seno de Finafrol, al tener tan próximo a Mariano, al sentir su aliento que la acariciaba de cerca, se alzaba y deprimía con angustia deleitosa; el corazón parecía a veces pararse, otras saltar como si lo atrajese una aguja magnética. Temblaba aquel corazón nuevo y ardoroso, lo mismo que oscila un rubí de fuego pendiente de sutil cadena. Finafrol era una criatura natural, indefensa, con la fe sublime del salvaje. El amor la encontraba preparada y combustible, mies áurea que el sol encendía.

—¡Deja ya en el suelo el pollito, la madre te va a picar! —in-sinuó con dulzura mimosa Mariano. Y, en apasionado murmurio, añadió:

—No lo mires tanto, no lo cuides tanto, no lo llegues a la boca, que tengo celos...

Para disimular la confusión, Finafrol soltó una risa de cascabel de plata; y entonces, ni tardo ni perezoso, Mariano se inclinó y bebió, sorbió la risa joven en su puro manantial...

* * *

Miguel volvió a medio día. Traía la suma completa, en un cheque del Banco Marinédino. ¡Traía la suma! ¡Desmembrando aquel capital, orgullo y médula de los huesos de un negociante honrado, entregaba a la ociosidad y a la disipación su presa... pero quedaba libre, quito, cubierta la obligación, despejado el horizonte, clara y bien puesta la formalidad de la casa Amorós... ¡La suma! A entregarla sin demora...

Cuando se vieron los dos hermanos, después de que Mariano hubo embolsado el cheque, sintió Miguel tentación de predicar un poco, de dar algunos consejos al dilapidador, de comunicar su espíritu serio y positivo, de condenar de antemano el uso que Mariano haría de la cantidad... Y, a su vez, el hermano menor, ya sin interés alguno en guardar consideraciones; encontrando —como suele suceder en casos tales— que salía perjudicado, que la cantidad, ahora al tenerla en la mano, resultaba exigua, no refrenó un impulso de zumba, de ironía, de malevolencia cruel.

—¿Sabes? Éramos mal pensados... Finafrol, una santita: ni con el ciego, ni con nadie... Lo sé de fijo... Una santita...

Hay bofetones brutales que por su misma furia más aturden que duelen al pronto. Miguel quedó atontado del porrazo. Tardó algunos segundos en entender lo que oía. De pronto se puso granate: la indignación, el despecho, congestionaron su cabeza. Tartamudeaba al exclamar:

—¡Vete de aquí! ¡Vete... de aquí hoy mismo! ¡Ya no te... debo nada! ¡Eres un mal hombre, un pillastre! Tengo a menos ser tu hermano, ¿lo oyes?

Mariano, en vez de enojarse, reía malignamente, con mezcla ofensiva de burla y compasión.

—¿No me dijiste que no pensabas casarte con la rapaza? ¡Pues entonces! ¡Mira, hermanito, no me vengas con palabras retumbantes, que nos conocemos! ¡No es culpa mía si te he ganado por la mano! ¡Bah, ganar! ¡Si tú no entiendes ese tinglado ni lo entenderás nunca... ¡Dame consejos, dame! Metido en este aburridero de Areal; rompiéndote la cabeza en llevar cuentas; trabajando como si fueses un jornalero... y cuando pasa lo único bueno de la vida, una mujer guapa, soy yo, el vago, el inútil, quien la consigue... ¡A qué tanto matarse y afanarse y ahorrar! ¡La vida es corta!

Y, sonriendo con aquella gentil expresión suya, que haría que todo se le perdonase, si un celoso pudiese perdonar, añadió:

—Al menos, eso dice el cuco-rey...

—¡Déjame en paz! —gritó Miguel perdiendo los estribos—. Te vas —insistió—, y te la llevas. No la quiero más aquí, a esa raída. Carga con ella, si se te antoja... y pronto.

Otra vez sonrió el tronera.

—¡Mañana, hijo, que hoy no hay coche...! ¡Si creías que pensaba establecerme en este precioso Areal!

* * *

Avisó a Finafrol sin tardanza.

—Oye, márchate en seguida, mi hermano está furioso...

—¡Ay, mi alma! —suspiró la niña—. No le temo yo al señorito Miguel, que no es capaz de una maldad; le temo al tío Amaro...

Desde que se largó ayer y nosotros quedamos cuidando del pollito...

—No, no quedamos sólo para eso...

Se encendió la cara pálida de la chiquilla.

—Bueno, desde en que se fue... no sé qué le pasa... Yo que le conozco... ¡Anda como loco! ¡Téngole mucho miedo! ¡Vámonos a pie, a casa de ña Gregoria!

—No, mujer; yo impediré que ese cazurro te haga una trastada. Te vas... te diré a dónde: a casa de Andrea la fondista. Di que vas de mi parte; ella me complace en todo; toma este billete de a cien; que no te falte cosa ninguna... ¡Y mañana me esperas en la carretera, en la revuelta, donde el molino, escondida en el soto; montas en el coche... y riéte del viejo y de Miguel y de todo el mundo!

* * *

¡Cuántas veces recordó Finafrol estas apresuradas instrucciones, dadas entre dos besuqueos rápidos! La oculta ley que rige el destino de los hombres, las puso en boca de Mariano, para abrirle el hado y a la fatalidad la senda de lo que estaba escrito...

Salió de la fábrica el ciego de Espadanela, a la hora acostumbrada, en busca del que era ahora su inseparable amigo, Nordés el marinero. Le pagó como todos los días unas copas, después de haber sacado de debajo del capote pedazos de queso y pan, dádiva de Reimunda, con los cuales el marinero acalló su hambre. La conversación fue grosera, de beodos: maldijeron de las mujeres y de los ricos, el ciego sombríamente, Nordés con lugares comunes de pordiosero. Después se cuchicheó de algo más serio, más íntimo, y el ciego arrastró fuera de la taberna a Nordés, llevándole adonde sabía que se exaltaban sus pasiones de hombre inculto que se cree ofendido y burlado: al lado de la barca que había sido suya.

—Hoy ya te puedes advertir en abarrenar, rapaz —dijo el ciego—. Hoy ya no sale a la mar el señorito Mariano, porque se ha largado; no está en el pueblo. Y quien sacará mañana la embarcación será el Lapa. Y la embarcación se le hundirá; y no sabrán cómo fue; pero el Lapa ya nadará, hombre.

—¿No ha de nadar? Como un pancho.

—Pues aprovéchate. No se han de reír más de ti, usando la barca que te robaron.

Nordés hizo un guiño de asentimiento, y se metió, como siempre, dentro de la barca a pretexto de dormir en ella su siesta *canónica*. El ciego se alejó en dirección a los peñascos; en la playa andaba bien tentando con el garrote, sin necesidad de lazarillo. A poco retrocedió, y tendió su oído sagaz, su oreja peluda de raposo en acecho. Un ruidito como de ratón que roe, se oía dentro de la barca. El de Espadanela husmeó con inquietud si alguien atisbaba igualmente. Pero nadie andaba por allí, sino algunos chicuelos recogiendo caracoles y formando montones de arena, y allá muy, muy lejos —la playa es enorme—, unos marineros recosiendo y remendando redes. Por la carretera, a la cual formaba parapeto el malecón, pasaba algún trajinero en su borrico, sin detenerse a admirar la hermosura del playal extenso, igual, magnífico, hecho de polvillo de ocre delicado, que al sol parecía limadura de latón, y la de aquella mar verdosa, colérica ya, como si sintiese el ramalazo del fraile, el terrible cordonazo equinoccial de san Francisco.

Mariano —un poco poeta a sus horas, después de los excesos más aún— sintió esa impresión penetrante y fuerte cuando salió a la playa aquella tarde, un poco antes de ponerse el sol, la hora de su paseo por mar. Nunca tan grandiosa le había parecido, ni el oleaje tan majestuoso en su sorda inquietud, ni tan sugestiva la voz de la marejada. Era sin duda que se disponía a alejarse para siempre de Areal —ahora sí que iba de veras; tenía resuelto no volver nunca; ¿para qué? —y las memorias de la niñez: y esa especie de melancolía que infunde todo lo consumado, lo que no ha de reproducirse, le asaltaron en el momento en que el tumbo de las olas, fúnebre y ronco, llegó a sus oídos. A punto estuvo de renunciar a su paseo, volverse, y echarse sobre la cama, que es lo que hacía cuando apretaba el tedio. Pero una especie de impulso que no hubiese sabido explicar, le movió hacia la barca, en aquel momento puesta a flote por la subida de la marea, y amarrada al parapeto del malecón. El mar le llamaba, en voz profunda y caprichosa, y el reflejo rojo del sol, roto en mil culebros, como los trozos sangrientos de una ser-

piente, le atraía, le convidaba a la última excursión por las aguas que no volvería a surcar.

—¡Ea —murmuró para sí!— ¡Despidámonos de la ría!

Saltó en la barca, y desamarró. Notó una sensación extraña: dijérase que había aumentado su propio peso, pues en la frágil embarcación se hundió algo más que otras veces. Mariano escupió en las manos y agarró los remos. A la primer palada se animó: como siempre, el esquife obedecía y se deslizaba suavemente sobre las ondas algo encrespadas, sacudidas por el viento caprichoso.

No pensó Mariano en izar la pequeña vela. Prefería remar. Al llegar a la barra, veríamos.

Desde el malecón, una voz oscura, fatídica, le despedía. Era el tío Amaro, gritando:

—¡Dios lo vea ir, señorito!

Mariano apenas entendió las palabras. Remó ansioso, alejándose del parapeto. Ligero estremecimiento corrió por su espina: el frío y la humedad de la mar, en el anochecer de otoño, le habían sobrecogido sin duda. En el mismo instante, pudo aún divisar que un hombre llegaba corriendo al malecón. Aquel hombre, que era Nordés, y el ciego, hablaban, manoteaban; después, el ex-marinero hizo gestos de loco, dirigiéndose a Mariano. Éste alzó los hombros. No era la primera vez que aquel infeliz increpaba a los dueños de la embarcación, que seguía creyendo suya. Con vigorosas palabras, Mariano avanzó hacia la barra, que blanqueaba de espuma. Estaba lejos del alcance de la voz.

* * *

Entretanto, el tío Amaro, a fuerza de razonamientos, acallaba al marinero beodo, pero espantado.

—No te metas, no te metas... Estaba de Dios... Dios castiga sin piedra ni palo, hombre... Mira que te pierdes... Pobres de nosotros si gritas... ¡Vamos a la horca! ¡A la horca!

Detrás del grupo de los dos hombres, una figura esbelta surgió. Finafrol estaba allí: a pesar de la orden de Mariano, un afán inexplicable la empujaba a la playa. Acababa de ver a su dueño

saltar dentro de la embarcación; y medio entreoía las palabras del ciego, las exclamaciones mezcladas con blasfemias de Nordés. No entendía bien su significado. Pensativa, se acodó en el parapeto, cerca de los dos mendigos, cuya discusión terminó con un enérgico movimiento del forzado ciego, arrastrando al marinero en su seguimiento como res a quien se lleva del testuz. «Vamos a echar una copa... Calla... Calla...»

Finafrol se quedó allí... El poniente, que suele calmar el viento, parecía haberlo desencadenado con furia. El retumbido del oleaje era pavoroso. El sol se hundía a lo lejos; un bando de gaviotas pasó chillando. La niña se acordó de la Virgen. «¡Ay, madre mía!» Después recordó lo reciente, la iniciación en el amor, la pena y el enojo de don Miguel al saberlo, y una aflicción la enlutó el alma. Había hecho mal, muy mal; si ña Gregoria lo supiese, la maltrataría... no, peor que maltratarla; la miraría con enfado silencioso...

* * *

Mientras la niña cavilaba así, Mariano, al compás de los remos, se dirigía hacia la barra, en la cual se encrespa el mar como si lo azotasen. Sus brazos, desde hacía un minuto, parecía que desmayaban, rendidos por extraña dejadez. Cada palada le costaba más trabajo; dijérase que o el remo o la embarcación se volvían de plomo. Se rehizo; apretó los puños, y dio animosas paladas de deportista, pero el esfuerzo parecía aún más penoso y difícil, y la embarcación creyérase que la sujetaban manos invisibles, según lo lento y renqueante de su avance. Mariano, rendido, soltó los remos y se enjugó el sudor, que la fría niebla del anochecer hacía glacial. La embarcación cabeceaba apenas... Sin embargo, en la barra habían entrado: el oleaje se embravecía. De pronto, el joven brincó asustado: acababa de notar que tenía los pies metidos en un charco; la barca estaba inundada, casi sumergida.

Vio Mariano el espantoso peligro, en un relámpago de la imaginación. Lo que no pudo adivinar, fueron los invisibles agujeros de espumadera que la barrena de Nordés había practicado, tapándolos con cera y serrín, con destreza de marinero viejo,

carpintero a ratos. Al disolverse la mezcla que los obstruía, el agua había ido subiendo de una manera al pronto insensible; dentro de breves instantes se hundiría la embarcación. Tenía tiempo Amorós de entender y no de remediar. Aunque fuese doblemente fuerte, no movería hacia la orilla aquel leño que le arrastraba al fondo...

Vaciló un momento; lo inminente de la catástrofe le cohibía: ni una idea. La noche había cerrado; no se veía sino la sábana oscura, agitada, infinita, rodeando la embarcación próxima a descender al abismo. Mariano no sabía nadar; sin embargo, un instinto le movió a intentar descalzarse. Las botas, mojadas, resistían... El náufrago levantó la mirada al cielo, y en el plazo de su agonía, entre la lúgubre queja del mar amargo, creyó oír de nuevo el canto profetizador del ave agorera... «Este año morirás». Cerró los párpados, y dejándose caer por encima de la borda, ya casi al nivel de las olas, desapareció entre la sombría masa de agua salobre, donde blanqueaba vagamente el espu-marajo.

Tal fue el fin de Mariano Amorós, por haber encontrado a Sidoríña en un camino, cuando se descalzaba, y haberla mirado con ojos pecadores.

